

PRESENCIA DEL RESUCITADO EN LA COMUNIDAD ECLESIAL:
“SEÑALES” QUE LA EVIDENCIAN (JN 20,19-29)

SALVADOR VILLOTA HERRERO, O.CARM.

Sólo porque el Resucitado está realmente presente en medio de la comunidad de creyentes, y en la vida personal de cada uno de sus miembros, se dan una serie de consecuencias que, sin Él, no existirían. Son, por lo tanto, don y fruto gratuito del amor de Dios y garantía de la vida eterna que ya pre gusta el discípulo de Jesucristo en la comunión con los hermanos y a la que, juntamente con ellos, está llamado a vivir plenamente en el Cielo (Cf. Jn 20,31; 1Jn 1,1-4).

Ateniéndonos al evangelio según san Juan (= EvJn), la irrupción de Jesús resucitado en el lugar *donde se encuentran reunidos los discípulos* (20,19) provoca, efectivamente, una serie de reacciones en ellos y comporta unos dones y mandatos que reaparecerán en el transcurso de la historia en aquellos que acojan el mensaje evangélico sobre Jesús, el Verbo encarnado (Cf. 20,30-31; también: He 2,42-47; 4,32-35; 5,12-16). Estos efectos fueron tanto más llamativos y evidentes cuanto más “contrario” a los mismos era el estado y la situación previa en que se encontraban los discípulos.

Los perceptibles efectos que en Jn 20,19-29 (vv.1-29) se indican ante la irrupción y presencia del Resucitado son estos: (a) Jesús se presenta “*en medio de ellos*” (ἔσθη εἰς τὸ μέσον, v.19); (b) *paz* (εἰρήνη, vv.19.21.26); (c) *alegría* (ἐχάρησαν, v.20); (d) *misión* (vinculada a Jesucristo y al Padre: καὶ γὰρ πέμπω ὑμᾶς, v.21; Cf. v.25 ante Tomás); (e) *fuerza* para dar testimonio: el *don del Espíritu* (λάβετε πνεῦμα ἅγιον, v.22; Cf. v.28 confesión de Tomás; 15,26-27); (f) *la autoridad y el don de perdonar los pecados o retenerlos* (“ἄν τινων ἀφήτε... ἄν τινων κρατήτε...”, v.23); (g) la *bienaventuranza* de la fe (μακάριοι, v.29).

Analizaremos seguidamente estos elementos para mostrar que son, individual y conjuntamente, “*signo*” evidente de la presencia del Resucitado en medio de los suyos, habida cuenta de que sin Él jamás se habrían dado ni darían, y, por consiguiente, son garantía del perdón

*y de la comunión con los hermanos que, como sostuvo p. Xiberta, se recibe a través del sacramento de la reconciliación.*¹

LA PRESENCIA DEL RESUCITADO EN JN 20,1-18

Antes de estudiar Jn 20,19-29, nos detenemos en los versículos previos (20,1-18) porque en ellos ya *se vislumbra* la presencia de Jesucristo resucitado y comienza a comprenderse que, aunque no sea visible físicamente, el Resucitado está siempre presente entre los suyos, conoce todo y se hace accesible cuándo y cómo quiere.

María Magdalena, que aparece tres veces en *el evangelio de Juan* (= EvJn) (19,25; 20,1.18) y es personaje principal en este primer relato pascual, había sido testigo no sólo de la muerte de Jesús (19,25), sino también, según testifican los otros evangelios y tampoco lo niega el de Juan, de la colocación del cuerpo muerto de Jesús en el sepulcro nuevo donde José de Arimatea y Nicodemo lo depositaron (19,38-42; Cf. Mt 27,61; Mc 15,47; Lc 23,55). Por eso al aproximarse a dicho sepulcro cuando todavía era oscuro, al amanecer del primer día de la semana, se vio impactada al *ver* (βλέπει, 20,1) la piedra removida y el sepulcro vacío. Y enfrentada ante la inevitable cuestión de qué había podido pasar, llegó inmediatamente a la conclusión de que el cuerpo del Señor “*había sido robado*” (Cf. Jn 20,2.13; Mt 28,11-15).

¹ Considerando la conmemoración del centenario de la tesis: *Clavis Ecclesiae*, defendida por el padre carmelita Fray B.F.M. Xiberta, este artículo estudia Jn 20,19-23 (Cf. 20,1-31) que Xiberta analiza, junto con Mt 16,18-19 y 18,17-18, para “probar la potestad sacramental” que reciben los ministros de perdonar o retener los pecados (*Clavis Ecclesiae*, 13-24). Sin entrar en la disquisición de lo que exegéticamente permite sostener el texto sobre ese particular — habida cuenta del contexto histórico, sociocultural y religioso del *EvJn* — y más allá de su comprensión y aplicación eclesial en el devenir histórico, quiero subrayar y poner a la luz en este artículo *las señales o signos* que muestran que *el Resucitado está verdaderamente presente “en medio de” la comunidad cristiana* (de la Iglesia), en la que el creyente es acogido al aceptar el Evangelio sobre Jesucristo y recibir, en consecuencia, el perdón de sus pecados. Esas señales muestran, sin duda, que el creyente perdonado participa plenamente de la comunión con los hermanos, y confirman la tesis sostenida por Xiberta: “Diximus thesim eo tendere ut ostendamus effectum immediatum absolutionis sacramentalis esse reconciliationem cum Ecclesia; jam vero effectum immediate significatum et causatum per sacramentum externum, qui vicissim signum est et causa gratiae santificantis, scholastici appellare consueverunt *rem et sacramentum*; proinde terminologiam technicam ut adhibeamus, ita juvat thesim proponere: *Reconciliatio cum Ecclesia est res et sacramentum sacramenti paenitentiae*” (*Clavis Ecclesiae*, 18).

A este primer “signo” de la piedra removida, aunque como precisará el evangelista Marcos “*fuera muy grande*” (16,4), se van añadiendo sucesivamente otros. En concreto, el modo como el sudario permaneció plegado y puesto en otro sitio (Jn 20,7). Los lienzos en el lugar donde fue depositado el cuerpo y el sudario “sin desenvolver”, esto es: tal y como estaban cuando fue depositado allí envuelto en ellos el cuerpo inerte de Jesús, ratificaban, por una parte, que el cuerpo no estaba, pero, por otra, todo permanecía en su sitio como si dicho cuerpo allí estuviera. La ausencia del cuerpo remitía así a un hecho sobrenatural y no a una acción humana que lo hubiera quitado y llevado a otra parte², aunque esto todavía permanecía oculto para la Magdalena. Todos estos detalles se convertían, por tanto, en “*indicio*” de lo que en este estudio queremos recalcar: la piedra removida, el sepulcro abierto y la colocación de los lienzos y el sudario, conducían a la fe — incipiente, en un primer momento, en el discípulo amado — porque “*simbolizaban*” la realidad de la resurrección y, por ende, también la presencia ahora invisible de Jesús resucitado.³

Si bien el acceso de los discípulos a la presencia permanente del Resucitado será siempre posible por medio de la fe: “*vio y creyó*” (20,8), lo cierto es que “*dicha presencia*”, junto a los suyos, debía ser confirmada, en un primer momento, por el mismo Resucitado, puesto que podía haber resucitado pero haberse alejado de los hombres que todavía peregrinaban, y peregrinan, en este mundo. En ese caso, su obra redentora no hubiera tenido sobre aquellos discípulos, ni en los discípulos posteriormente (entre los que nos encontramos), las impresionantes consecuencias vivificadoras que testimonia el evangelio (y la vida de tantísimos creyentes), dado que “el estado habitual de su

² Cf. *Catecismo Iglesia Católica*, #640; M. BALAGUÉ, *La prueba de la Resurrección* (Jn 20,6-7), *EstB* 25 (1966) 169-192; F. VARO, *Rabí Jesús de Nazaret*, Madrid, 2005, 197-201; N. FERRÁNDEZ ZARAGOZA, *El sudario en la oscuridad del sepulcro: un signo que despierta la fe. Estudio de Jn 20,5-7, retorno a una vieja polémica*, *EstB* 79 (2021), 403-424. Brown opina, por el contrario, que no se debe “atribuir mayor importancia a la posición o figura de los lienzos mortuorios” y discute las diversas posiciones sobre el particular en: R.E. BROWN, *El Evangelio según Juan XIII-XXI* Introducción, traducción y notas, Madrid, 2000, 1439-1441.

³ El sudario “plegado” parece indicar también que Jesús se había simplemente ausentado, aunque en realidad no es que pensara “regresar”, sino que estaba ya presente en todas partes por su resurrección-glorificación. El “velo” que era su carne mortal ya no ocultaba la gloria del Verbo encarnado, porque había sido retirado o, mejor, transformado definitivamente con su resurrección (Cf. 2Cor 3,7-18; S.M. SCHNEIDERS, *The Face Veil: a Johannine Sign [John 20:1-10]*, *BTB* 13 (1983), 94-97; J. BEUTLER, *Comentario al evangelio de Juan*, Estella, 2016, 469).

existencia” habría sido el permanecer encerrados en el miedo a la muerte (Cf. 20,19). Sin embargo, Jesucristo resucitado se les manifestará cercanísimo, como el “*Dios-con-nosotros*” y “*Dios-en-nosotros*”.

Y así fue. Muy pronto Jesús se hizo visible apareciéndose a la Magdalena (20,11-18), aunque previamente fue a dos ángeles a quienes vio, sentados a los extremos del lugar en el que había sido depositado el cuerpo muerto del Señor, uno a la cabecera y otro a los pies (20,12). Mostraban así que el cuerpo inerte de Jesús no estaba, aunque, al mismo tiempo y sorprendentemente, respetaban el espacio donde estuvo depuesto: ¿*por qué?* A mi parecer, fundamentalmente para indicar y orientar a María Magdalena hacia el encuentro con el Resucitado, puesto que Éste, aunque ya no era visible para los ojos físicos (“*no está*”), seguía presente (“un ángel a cada extremo de dónde había sido depositado, respetando el espacio”), esto es: los dos ángeles señalaban a María Magdalena — y en cuanto testimonio evangélico a cuantos lo escuchan o leen (Cf. 20,30-31) — que si bien ya “*no veía*” el cuerpo mortal de Jesús, Él “*estaba*” presente junto a suyos de un modo completamente nuevo.

No es extraño, por ello, que inmediatamente no sean los ángeles sino el mismo Jesús — que “todo lo llenaba” ya (Cf. Mt 28,18) — el que hable a María Magdalena dirigiéndole las mismas palabras y pregunta que le hicieron los ángeles: «*Mujer, ¿por qué lloras?* (Γύναι, τί κλαίεις;)» (20,15a), y le conduzca a la verdad de su real y amorosa presencia junto a ella y los suyos.⁴

Jesús había prometido a los discípulos que ellos, los que lo amaban, le verían (Cf. 14,19), y en la Magdalena comienza a cumplirse, aunque inicialmente no lo reconociera. Ello se debía a que la presencia de Jesús resucitado difiere del modo como se le conoció antes de morir⁵, ahora: (a) No se le reconoce en un primer instante; (b) Su apariencia visible cambia, puesto que la misma Magdalena le confunde con el encargado del huerto (20,15); (c) Después de dejarse “ver”, Jesús no acompaña “física y visiblemente” a María Magdalena ni ella se queda junto a Él, sino que es enviada donde los discípulos para darles testimonio de que “*lo ha visto*” y transmitirles las palabras que le

⁴ Sobre el trasfondo del Cantar de los Cantares en la exposición joánica de la búsqueda de María Magdalena del cuerpo del Señor y posterior encuentro con Jesús resucitado en Jn 20,11-18, ver: S. CASTRO SÁNCHEZ, *Evangelio de Juan* Comprensión exegético-existencial, Bilbao, 2001, 478-483.

⁵ Desde la perspectiva teológica, Jesús resucitado ha experimentado un enorme y profundo cambio respecto al Jesús terreno y esto se manifiesta en las dificultades que encuentran los discípulos para reconocerle (Cf. BROWN, *Juan XIII-XXI*, 1441-1442).

ordena referirles: «*Subo a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios.*»⁶ Fue María Magdalena y dijo a los discípulos que había visto al Señor (ὅτι ἑώρακα τὸν κύριον) y que había dicho estas palabras» (20,17-18).

El Señor resucitado le confía a María Magdalena un mensaje y una misión en los que *Él mismo “se anuncia” y hace presente.*⁷ Tanto es así que en el final canónico del *evangelio de Marcos* (= EvMc), por ejemplo, Jesús echa en cara a los discípulos el no haber creído en el testimonio de María Magdalena — ni en el de otros dos discípulos — que le había visto resucitado (16,9-14). Además, el que supiera que no les habían creído, constataba que Jesús “*conocía*” todo porque ya “*estaba presente*” en todo lugar (y conciencia).⁸

El que María Magdalena viera a Jesús resucitado, escuchara sus palabras e, incluso, lo tocara, ratifica que el sepulcro vacío, las vendas y el sudario, junto con los dos ángeles, eran *signo* de la resurrección de Jesús y, por tanto, de *una presencia suya del todo nueva y definitiva*. Por otra parte, el que la Magdalena regresara a los discípulos y no se quedara “*abrazada a los pies de Jesús*” (20,17)⁹ expresa asimismo que fue la cercana y verdadera presencia del Resucitado la que serenó las angustias de María Magdalena, enjugó sus lágrimas y detuvo la incesante búsqueda de Aquel a quien tanto quería y que seguía siendo para ella, también después de haber muerto en la cruz y estar sepultado, “*su Señor*” (20,13).

APARICIÓN A LOS DISCÍPULOS: JN 20,19-23

La presencia de Jesucristo resucitado y los efectos que la desvelan se explicitan claramente en la primera aparición a los discípulos

⁶ “La fórmula ‘mi Padre y vuestro Padre’ no genera distancia, sino que más bien menciona el motivo por el que Dios se hace Padre de los creyentes: porque es el Padre de Cristo Resucitado” (BEUTLER, *Juan*, 473).

⁷ Jesús se hace presente a través del enviado y del mensaje que transmite (Cf. Jn 13,20; también: Mt 10,40; Mc 9,37; Lc 9,48).

⁸ En *el evangelio de Mt* (= EvMt), el Resucitado concluye precisamente con las palabras que constatan su presencia permanente al lado de los suyos (y, por consiguiente, también al lado de toda la humanidad): «*Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin de los tiempos*» (28,20b).

⁹ Aunque la Magdalena *comenzó a agarrar a Cristo* (20,17; Cf. Sobre el aspecto del imperativo presente: “μή μου ἄπτου”, ver: M. ZERWICK, *El griego del Nuevo Testamento*, Estella, 1997, #247, sólo en “la casa del Padre”, cuando ya no sea necesaria la fe y la visión sea “cara a cara”, se le podrá “*aferrar*” para siempre (Cf. 14,3).

— exceptuando a Tomás — narrada en Jn 20,19-23.¹⁰ Su “*presencia*” es fundamental para dar cumplimiento a la promesa hecha a los suyos durante la última cena de que no les dejaría huérfanos porque, aunque se iba, retornaría donde ellos. De hecho, tanto en 14,18.28 («*vengo a vosotros [έρχομαι πρὸς ὑμᾶς]*»), como en 20,19 («*vino (ἦλθεν) Jesús...*») se emplea, primero como promesa y después como realización, el verbo ἔρχομαι (*venir*) en referencia a la aparición pascual del Resucitado.¹¹

Jesucristo “en medio de” los discípulos (20,19.26)

Las palabras que María Magdalena ha referido a los discípulos de parte de Jesús, esto es: que “*subía (ἀναβαίνω)* a su Padre y al Padre de ellos (πρὸς τὸν πατέρα μου καὶ πατέρα ὑμῶν), a su Dios y al Dios de ellos” (θεὸν μου καὶ θεὸν ὑμῶν) (Jn 20,17; Cf. 20,11-18), les dan a entender que Jesús ya no es sólo su Señor y Maestro (Cf. 13,13-14), sino también su “*Hermano*” y, por consiguiente, que unidos a Él son “*hijos*” de un mismo Padre y Dios. La *cercanía* que esto devela e implica es indecible. En realidad, Jesús suprime toda distancia entre Él y sus discípulos, en tanto en cuanto la filiación une espiritualmente al Padre con los hijos y les hace partícipes de la misma vida de comunión de amor que vive con su Unigénito Jesucristo (Cf. 1Cor 6,17; Jn 14,20; 17,21.23).

Esa unión se ve además enfatizada porque el Padre a quien se refiere Jesús es Dios mismo, el Dios en quien “*vivimos, nos movemos y existimos*” (Cf. He 17,28), es decir, el Dios que además de trascender todo, también lo invade, sostiene, recrea y conduce a plenitud (Cf. Ef 4,6). En Jesús resucitado, por Él y en Él (como evidencia el pronombre personal en genitivo: μου, “[de] mí”), los discípulos han adquirido una familiaridad con Dios inimaginable: *es también su Padre y su Dios*. Su importancia es de tal índole que el cuarto evangelista sólo en esta ocasión habla del Padre de Jesús como *Padre de los discípulos*: «πατέρα ὑμῶν» (“*vuestro padre*”).¹²

¹⁰ En Lc 24,36-49 encontramos los mismos aspectos o señales que, como en Jn 20,19-23, evidencian la presencia del Resucitado en medio de los discípulos: irrupción en medio de ellos, la paz, el miedo, la muestra de los estigmas, la alegría, la misión de predicar y perdonar los pecados, la promesa y don del Espíritu Santo (Cf. BROWN, *Juan XIII-XXI*, 1466-1467).

¹¹ Cf. J. ZUMSTEIN, *El evangelio según Juan* Jn 13–21, BEB 153, Salamanca, 2016, 358.

¹² Así se desvela que la fraternidad cristiana no es obra de las fuerzas o deseos humanos, sino del amor generoso de Dios y que depende de la unión con Él en su Hijo Jesucristo.

Sin embargo, los discípulos viven aún ajenos a tales grandezas e inmersos en un “miedo” (φόβος) paralizador. Les atenazan dificultades materiales y anímicas. En cuanto a *las materiales*, se constata principalmente el cierre de las puertas («καὶ τῶν θυρῶν κεκλεισμένων ὅπου ἦσαν οἱ μαθηταί», 20,19; también: 20,26). Este “cierre” pretende no dejar entrar a nadie e impedir que “los judíos”, que han matado al Señor Jesús, también les prendan a ellos y les hagan daño (Cf. 15,18-21; 16,2-4.33). Este “enclaustramiento” es consecuencia (διὰ), sin embargo, de *sus dificultades interiores*, sintetizadas en el sentimiento de “miedo”: «διὰ τὸν φόβον τῶν Ἰουδαίων» (20,19).¹³ La “oscuridad” que, al decaer el día («οὔσης οὖν ὀψίας...»), se va cerniendo sobre la superficie terrestre y va envolviéndolo todo, aún de algún modo ambas dificultades y expresa simbólicamente la situación de los discípulos: *todo se ha terminado para ellos, y, en vez de la esperanza, son la oscuridad y la muerte*¹⁴ *las que han vencido y tenido la última palabra*. Sólo les queda refugiarse y dejar que todo pase, también la propia existencia, que proseguirá su devenir hacia la inevitable “oscuridad” del She’ol.

Inmersos en esta situación, en los discípulos no hay paz, no hay alegría, no hay perdón, no hay esperanza que anunciar, tan sólo tristeza, dolor, abatimiento, lágrimas, tal y como en ellos y, en particular, en María Magdalena lo expresa el evangelista. Ahora bien, lo relevante es que, en esta concreta situación, es donde Jesús va a hacerse realmente presente.¹⁵

¹³ También se habla de “miedo a los judíos” en 7,13 y 19,38, en referencia al daño y sufrimiento que los dirigentes judíos de Jerusalén podían causar a quienes se manifestaran seguidores de Jesús, excluyéndoles de la sinagoga, vejándolos y persiguiéndolos (Cf. 9,22; 12,42; 16,2) (Cf. R.E. BROWN, *El evangelio según Juan I–XII* Introducción, traducción y notas, Madrid, 1999, 591; ZUMSTEIN, *Juan 13–21*, 360).

¹⁴ La realidad del mal con todo su cortejo de pecado, oscuridad y muerte lo incluye el evangelista en el término σκοτία: *tinieblas* (1,5), empleado desde el prólogo en confrontación con la Luz que es el Verbo y que, hecho hombre (1,14), se manifiesta y hace presente en la historia humana (Cf. H. CONZELMANN, Σκότος κτλ., *TDNT* VII, 423-445; aquí: 443-445; H.-CHR. HAHN, *Tinieblas [σκότος]*, *DTNT* IV, 287-294; aquí: 291-294; J. ZUMSTEIN, *El evangelio según Juan Jn 1–12*, BEB 152, Salamanca, 2016, 72-73).

¹⁵ Aunque el discípulo-amado haya dado un paso hacia la fe pascual (Cf. 20,8), los discípulos sólo piensan que la muerte y sepultura de Jesús (Cf. 20,30.41-42) ha significado un punto final definitivo a su vida y ha establecido una separación total entre Él y ellos. De igual manera, aunque la Magdalena les ha comunicado que ha visto al Señor resucitado y les ha transmitido su mensaje, los discípulos siguen con miedo y encerrados. Esto que parece “ilógico”, se debe a que sólo la visión del Resucitado en primer lugar y la certeza subsiguiente (por la fe pascual) de su permanente presencia “en medio de ellos” (también cuando dejen de “verlo” resucitado) puede suprimir y transformar los miedos en alegría y abrir las puertas para salir a anunciar y testimoniar el evangelio (20,23; Cf. BEUTLER, *Juan*, 475-476).

En efecto, en las apariciones narradas en Jn 20,19-29, Jesucristo sorprende a los discípulos apareciéndose a ellos “*estando las puertas cerradas*”, tanto la primera vez: «τῶν θυρῶν κεκλεισμένων» (v.19), como ocho días después: «ἔρχεται ὁ Ἰησοῦς τῶν θυρῶν κεκλεισμένων» (v.26).

En ambas ocasiones, Jesús “*viene*” y se presenta “*en medio de*” los discípulos: «εἰς τὸ μέσον» (vv.19.26), *de pie* (ἕστη), es decir, como el Viviente que se ha levantado de la tumba donde yacía tumbado. De este modo, les demuestra varias cosas: (a) Que ha vencido la muerte; (b) Que no ha les abandonado; (c) Que está presente “*en medio de*” o “*entre*” (εἰς) ellos¹⁶; (d) Que no hay obstáculo que le impida “*estar*” con ellos¹⁷; (e) Que conoce en qué situación y estado se encuentran causado por el miedo; (f) Que la paz mesiánica que les da (Cf. 20,19.21) es para todos y cada uno de ellos¹⁸.

Mientras el sepulcro donde pusieron a Jesús (20,41-42) permanecía abierto porque “*la piedra había sido quitada*” (20,2) y Él ya no estaba allí, los discípulos se encontraban “*encerrados*” en vida y encadenados interiormente por el miedo a los judíos. Uno Vivía después de haber muerto y los otros estaban como “*muertos*” por más que protegieran sus vidas. Y en esa situación de “*muerte*” espiritual que también esclavizaba físicamente a los discípulos, fue en la que el Resucitado hizo acto de presencia. Sin Él era imposible liberarse de tal situación, de ahí que fuera desde “*dentro*” de ella, desde la que el Resucitado vino a liberarlos. “*En medio de*” ellos supone, por tanto, la entrada del Resucitado en esas concretas y profundamente negativas circunstancias materiales y espirituales en que los discípulos se encontraban para rescatarlos poderosamente de ellas con su verdadera y liberadora presencia.

La “paz” del Resucitado (Jn 20,19.21.26)

Aunque Jesús tuvo a bien preservar a los discípulos del arresto y subsiguiente sufrimiento (Cf. 18,8-9), el haber abandonado a su Maestro y Señor (Cf. 13,13) en el momento que más los necesitaba debió causarles un profundo abatimiento y vergüenza, además de tristeza y

¹⁶ Podemos decir que “*los discípulos reunidos*” es el lugar que Jesús prefiere para revelarse, lo cual confirma la verdad que transmite en Mt 18,20, esto es: “*Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy [yo] en medio de ellos*” (ἐκεῖ εἶμι ἐν μέσῳ αὐτῶν).”

¹⁷ El haber salido del sepulcro y que se les manifieste a puertas cerradas demuestra que su estado de resucitado no está sujeto a las leyes y limitaciones espacio-temporales terrenas (Cf. C.G. KRUSE, *Il vangelo secondo Giovanni*, Roma, 2007, 503).

¹⁸ Cf. CASTRO SÁNCHEZ, *Juan*, 484.

llanto por su muerte (Cf. Mc 16,10), en particular a Simón-Pedro que llegó a negarle tres veces (18,17.25-27). El Resucitado, sin embargo, lejos de echarles en cara su fracaso y la condenable actitud que tuvieron, restablecerá la relación con ellos de un modo extraordinariamente nuevo.

Según el cuarto evangelista, Jesús resucitado dirigió en tres ocasiones el mismo saludo y deseo a los discípulos reunidos en el mismo lugar: «Paz a vosotros (εἰρήνη ὑμῖν)» (vv.19.21.26). Las señales de sus manos y de su costado no dejaban lugar a dudas de que Aquel a quien veían era el mismo que estuvo crucificado y de que la paz que les ofrecía nacía de su sacrificio en la cruz.¹⁹ Ahora bien, con esa triple repetición del deseo de paz, el evangelista parece querer desvelar y subrayar que sólo cuando dicho saludo alcanza a todos y cada uno de los discípulos, incluyendo en este caso a Tomás — que no lo había escuchado las dos primeras veces —, descansa verdaderamente la paz del Resucitado en la comunidad, que podrá entonces vivirla en la comunión fraterna y anunciarla también a las gentes.

El sustantivo εἰρήνη (*paz*)²⁰ aparece en el EvJn seis veces, siempre en su segunda gran parte (13,1–20,31): 14,27.27; 16,33; 20,19.21.26. Se asocia inseparablemente a Jesús y a su presencia, empleándolo en los discursos de la Última Cena (14,27.27; 16,33) y en sus primeras palabras a los discípulos después de resucitar (20,19.21.26). Unas y otras referencias se reclaman y explican entre sí. La “*paz*” que Jesús *deja y da*, diversa de la paz que ofrece el mundo (14,27), *se liga inseparablemente a sus palabras* en las que desvela a los discípulos qué le va a suceder y la certeza de que no les dejará solos jamás (14,28) aunque ellos sí le abandonen (16,32) y se “dispersen” (16,32). Y porque las palabras de Jesús, el Verbo encarnado (1,14), son eficaces (14,29), se cumplen y son vínculo de unión permanente con Él (14,10.15.23-24; 15,7.10), la paz por Él prometida (Cf. 14,27; 16,33) se hace realidad como don escatológico en cuanto Resucitado que dice a los suyos: «Paz a vosotros» (20,19.21.26); paz que permanece para siempre como un don que *sus mismas palabras*, testimoniadas posteriormente por los discípulos, desvelan y transmiten eficientemente.²¹

Cristo no sólo desea la “*paz*” para los suyos, sino que se la “*da*”

¹⁹ Dirá S. CASTRO SÁNCHEZ: “Cruz y resurrección han de ir ya siempre unidas en el Maestro y en los discípulos, en el Señor y en sus amigos” (*Juan*, 484; Cf. H. VAN DEN BUSSCHE, *El evangelio según San Juan*, Madrid, 1972, 692).

²⁰ Cf. H. BECK, *Paz* (εἰρήνη), *DTNT* III, 308-314; aquí: 310-311.

²¹ En realidad, Jesús no expresa un simple deseo de paz, sino un hecho (Cf. BROWN, *Juan XIII-XXI*, 1457; BEUTLER, *Juan*, 476; ZUMSTEIN, *Juan 13-21*, 360).

(δίδωμι, 14,27), proviene de Él y, como se ha indicado arriba, la reciben los discípulos gracias a su pasión, muerte y resurrección: “*les mostro las manos y el costado*” (20,20; Cf. Col 3,15).²² Con la “paz”, Jesús resucitado renueva su relación personal con los discípulos, una relación que el Espíritu Santo irá interiorizando y llevando a plenitud en ellos.

La paz de Jesús («εἰρήνην ἀφήμι ὑμῖν, εἰρήνην τὴν ἐμὴν δίδωμι ὑμῖν», 14,27) es inseparable, en efecto, del *Paráclito* que prometió enviar para dar testimonio de Él (14,26; 15,26) y conducir a la verdad completa (16,13). Por eso en 20,19-22 se constata que la paz y el don del Espíritu Santo van efectivamente juntos y provienen de Jesús mismo, muerto y resucitado, quien desvela eficazmente con sus palabras tanto del don de la paz (“*Paz a vosotros*”, 20,19) como aquel del Espíritu Santo (“*Recibid el Espíritu Santo*”, 20,22). *Paz, Espíritu y palabras dan así testimonio conjunto de la presencia de Jesús resucitado*, quien realiza en los discípulos lo que les había prometido.²³

La “alegría” del Resucitado (Jn 20,20)

En 20,20, refiere el evangelista que en los discípulos se produce en gran cambio anímico: *al ver a Jesús resucitado* en medio de ellos, *pasan del miedo a la alegría*: «ἐχάρησαν οὖν οἱ μαθηταὶ ἰδόντες τὸν κύριον». Los discípulos “*ven*” (ἰδόντες)²⁴ al Señor (τὸν κύριον) resucitado y como consecuencia de ello se produce en su alma, en su interioridad, el firme y auténtico sentimiento de una *alegría* (ἐχάρησαν) que supera el miedo porque es mucho más profundo que éste. Esta alegría se con-

²² Como la *da* el mismo Cristo, es evidente que Él debe estar presente y, por otra parte, que se distingue claramente de aquella que ofrece el mundo (16,33). Jesucristo *da* la paz, su paz, a sus discípulos (14,27), y por eso también ellos transmitirán la paz recibida (Cf. Lc 10,5-6; Mt 10,13). No se puede *dar* lo que no se tiene, de ahí que la paz de Cristo reclame la presencia de Cristo en el discípulo. La paz es un don del Padre y del Hijo (Cf. Rm 1,7; 1Cor 1,3) y se adquiere y garantiza a través de la unión con Cristo (Jn 16,33; Cf. Flp 4,7; 1Pe 5,14).

²³ Esta relación con los discípulos la extiende Jesús a la unión con el Padre y con los demás (Cf. J.H. THAYER, *The New Thayer's Greek-English Lexicon of the New Testament*, Peabody, MSS 1981, 182).

²⁴ En cuanto participio del verbo ὁράω, ἰδόντες conlleva un discernimiento que conduce a una cierta comprensión en el “*ver*”, esto es, los discípulos ven y, al mismo tiempo, penetran en ello hasta llegar a entender lo que “*ven*”, en este caso, comprenden que están viendo a Jesús, su Maestro y Señor, el mismo que murió en la cruz. Sobre las características de ὁράω ver: W. MICHAELIS, ὁράω, *TDNT* V, 315-382; aquí: 316-317.342-344; J.H. THAYER, *The New Thayer's*, #3708[syn.]; J.P. LOUW – E.A. NIDA, *Greek-English Lexicon of the New Testament Based on Semantic Domains* Volumen 1, New York, NY 21989, #30.45; K. DAHN, *Ver, aparecerse* (ὁράω), *DTNT* IV, 325-331; aquí: 327.

vierte, al mismo tiempo, en signo de que la paz que les ha deseado y dado Jesucristo es auténtica (20,19.21).²⁵

El verbo χαίρω (*alegrarse, regocijarse*) se emplea nueve veces en el EvJn y, de un modo u otro, se vincula a Jesús, bien porque es causa de *alegría escatológica* (3,29; 4,36; 8,56; 14,28; 16,20; 16,22; 20,20), o bien, negativamente, porque su muerte trágica causa “alegría” al mundo (16,20) o porque como reo se convierte en objeto de saludo sarcástico para los soldados (19,3).

Procedente de cai,rw, el sustantivo cara, (*alegría, gozo*) expresa el estado y objeto de la alegría²⁶ y recurre en el cuarto evangelio nueve veces: 3,29.29; 15,11.11; 16,20.21.22.24; 17,13. En 3,29, va unido al verbo χαίρω para expresar la alegría que colma (πεπλήρωται) al Bautista al constatar la presencia del Novio que viene a tomar posesión de la novia-Israel (“el pueblo bien dispuesto”) que él le había guardado y preparado. El resto de ocasiones aparece χαρὰ en los discursos de despedida y en boca de Jesús, por lo que va asociado a “*sus palabras*”²⁷ que reclaman verse cumplidas. Ahora bien, para que “la alegría de Jesús” alcance a los discípulos es necesario que *Él esté presente “en sus palabras”* — que son “*espíritu y vida*” (6,63) —, dado que será *su gozo* (ἡ χαρὰ ἡ ἐμή), “el mismo gozo de Jesús”, el que experimentarán los discípulos (ἐν ὑμῖν) y que ha de llegar a convertirse para ellos en “*gozo plenamente cumplido*” (ἡ χαρὰ ὑμῶν πληρωθῆ) (15,11).

Por lo tanto, la dramática y sangrienta muerte sufrida por Jesús, que había sumergido en la tristeza a los discípulos (ὁμοῖς λυπηθήσεσθε), fue transformada en alegría: «ἡ λύπη ὑμῶν εἰς χαρὰν γενήσεται» (16,20) cuando lo vieron resucitado (Cf. 20,20). En efecto, aquello que era motivo de tristeza: “*la muerte de Jesús*”, había confluído en la resurrección y se desvelaba para ellos como la causa segura de su salvación.²⁸ Por eso, su alegría, cuando vieron en el cenáculo al Señor resucitado, fue semejante a la que siente la madre tras dar a luz una nueva criatura (16,21), ya que el mismo gozo de Cristo que experimentaban al contemplarlo resucitado se debía a la experiencia de su nuevo nacimiento en Él (de su “*nacer de lo alto*”) por obra del Espíritu Santo

²⁵ La paz, los signos de la pasión y la alegría son inseparables, y su lazo de unión, al mismo tiempo que su fuente y fundamento, es Jesucristo resucitado (Cf. 13,1; 14,27; 15,11) (Cf. BROWN, *Juan XIII-XXI*, 1475-1476).

²⁶ Cf. E. BEYREUTHER – G. FINKENRATH, (*χαίρω*) *Alegría*, DTNT I, 77-81; aquí: 79-80.

²⁷ Además de que es Jesús el que está hablando en Jn 15-16, al emplear χάρα Jesús mismo enfatiza el aspecto comunicativo, la relevancia de sus palabras: “ταῦτα λελάληκα” en 15,11 y “ἀμὴν ἀμὴν λέγω ὑμῖν” en 16,20.23.

²⁸ Cf. KRUSE, *Giovanni*, 504.

(20,19-21). Esta *alegría o gozo* se asentaba por eso en lo más profundo de la persona, en el corazón (χαρήσεται ὑμῶν ἡ καρδία), y nadie la podía quitar (καὶ τὴν χαρὰν ὑμῶν οὐδεὶς αἴρει ἀφ' ὑμῶν) (16,22), porque Cristo había vencido realmente la muerte.²⁹

Los discípulos vieron a Jesucristo resucitado (πάλιν δὲ ὄψομαι ὑμᾶς, 16,22) en medio de ellos y se alegraron, pero Jesús no se detuvo ahí sino que, en el Espíritu dado (Cf. 20,22), revelaba que *se quedaba para siempre* también junto a la humanidad como *Dios-con-nosotros* y *Dios-en-nosotros* (*Emmanuel*) (Cf. 14,26; 16,13-14) con el fin de llegar a hacer partícipes a todos los creyentes de su misma *alegría*.³⁰

La misión recibida del Resucitado (Jn 20,21-23)

La paz, sellada por el Espíritu Santo, posibilita el testimonio evangélico a todas las gentes, porque en Cristo, judíos y gentiles encuentran “la paz” y la fuerza para perdonar y amar al enemigo (Cf. Ef 2,13-17).³¹

La presencia real del Resucitado fortalece de tal modo a los discípulos que les capacita para salir del “encierro” en el que por miedo se hallaban. De hecho, lejos de reprenderles, Jesucristo les inviste como enviados suyos (πέμπω ὑμᾶς) para que continúen la misma misión que Él recibió (ἀπέσταλκεν) del Padre (Cf. 17,18.21-23). Ahora bien, al igual que el Padre está siempre con Jesús (Cf. 1,18; 10,30; 14,9-11) para que Éste pueda realizar su voluntad (8,29; 16,32) — que es lo único que el Hijo quiere realizar (4,34) —, así *es necesario que Jesucristo esté siempre junto a los discípulos para que estos puedan efectuar la misión que les encarga*.

²⁹ Cf. BEUTLER, *Juan*, 476. La alegría (16,22.24) procede de Jesús y la viven los discípulos en su unión de fe con Él. El que puedan pedir al Padre “*en nombre de Jesús*” (16,24) se debe a la relación y unión de fe y amor con Él, y ratifica, de nuevo, *su presencia en medio de los suyos*, presencia que el gozo cumplido, asentado en el corazón, desvela como efecto suyo. Mientras que “el gozo” del mundo es pasajero, superficial y vano (Cf. 16,20), el que se recibe de Jesús resucitado y glorificado se enraíza en el ser del creyente, en su corazón, y “*es cumplido*” porque está asentado en el Cielo en Cristo y ya nada ni nadie lo puede quitar.

³⁰ El vocablo χάρις (*gracia, manifestación especial de la presencia de Dios [de su actividad, poder o gloria]*) lo emplea el evangelista únicamente en el prólogo (1,14.16.16.17) y muestra el *trasfondo de la “alegría”* referida en el resto del evangelio. Jesús, “el Verbo encarnado” (1,14), Dios-con-nosotros, es el *Unigénito* del Padre y de su plenitud de “*gracia*” (πλήρης χάριτος, 1,14; ἐκ τοῦ πληρώματος αὐτοῦ, 1,16) todos recibimos (1,16.17), porque es una “*gracia*” dada en la *fideliad* (ἀλήθεια, 1,14.17) de Dios manifestada en su Hijo, que es “*la Verdad*” (14,6).

³¹ «La paz escatológica, emblema del tiempo postpascual, se concreta en tres consignas: el envío, el don del Espíritu y el poder de perdonar» (ZUMSTEIN, *Juan 13–21*, 361).

Jesús afirma y asegura, en efecto, que jamás dejará a los suyos solos y que les estará cercano de muchos modos, concretamente: por medio de la fe en Él (14,1.12.13), guardando su palabra y mandamientos (14,15.23), y, sobre todo, enviándoles el Espíritu Santo (14,16-21), Espíritu del Padre y del Hijo, para que “*siempre*” esté con ellos («ἄλλον παράκλητον δώσει ὑμῖν, ἵνα μεθ’ ὑμῶν εἰς τὸν αἰῶνα ᾦ», 14,16). Jesús quiere que esta cercanía sea perfecta, “sin distancia”, por la íntima unión entre Él y los suyos, para quienes se hace incluso “comida y bebida” (6,56), de tal modo que, por el Espíritu Santo, lleguen a “*estar en Jesús y Jesús en ellos*” (14,20; 15,4) convirtiéndolos en *morada de Dios* (14,17.23; Cf. Jn 1,38-39).³²

El verbo ἀποστέλλω (*enviar*) se emplea 28 veces en EvJn³³, pero sólo se utiliza en 17,18 para hablar del “envío” de los discípulos al mundo y asociarlo al mismo “envío” que Jesús ha recibido del Padre. En 20,21b, se usa ἀποστέλλω para hablar del envío de Jesús por parte del Padre: «*Como me ha enviado* (καθὼς ἀπέσταλκέν με)», y el verbo πέμπω (*enviar*) para expresar el envío de los discípulos por parte de Jesús: «*así también os envío yo* (καὶ γὰρ πέμπω ὑμᾶς)». ³⁴

Al Padre le denomina Jesús: “*el que me envió*” (“ὁ πέμψας με”, Cf. 6,38.39.44; 7,16.18; etc.), porque Jesús no se entiende a sí mismo sino en relación con el Padre que le envía, por eso sus palabras, obras y vida no son otra cosa que la manifestación del Padre (Cf. 12,44.45.49; 14,24). Y el Padre le envió para salvar al mundo (3,16-17); una salvación que le reclamará ser “*levantado*” en la cruz (3,14) para poder

³² Enviados al mundo (17,18) para anunciar a todos los hombres la vida eterna que en Cristo pueden recibir (Cf. 10,18), los discípulos son amados por el Padre con el mismo amor que ama al Hijo (17,23) y están unidos a Él y al Hijo en el amor que éstos se tienen (17,26). El Espíritu Santo es el que hace la morada del Padre y el Hijo en los discípulos (14,23). De ese modo, el Hijo está “en” los discípulos (17,26) y la misma “misión” del Hijo, recibida del Padre, es realizada por medio de los discípulos.

³³ En cuanto a su sentido de “misión”, ἀποστέλλω se refiere casi exclusivamente a Jesús, excepto cuando lo emplea en relación con el Bautista para expresar su misión (1,6). A Jesús se le aplica en 3,17 y 3,34 (enviado por Dios, habla sus palabras y posee y da su Espíritu); 4,38 (los discípulos son enviados por Jesús a recoger lo que no se fatigaron); 5,36 (las obras dan testimonio de que es enviado por Dios); 5,38 y 6,29 (“creer” en Jesús como el Enviado es una obra del Padre); Jesús ha sido “enviado” por el Padre: 6,57; 7,29; 8,42; 9,7; 10,36; 11,42; 17,3.8.18.21.23.25; 20,21.

³⁴ Cf. K.H. RENGSTORF, ἀποστέλλω (πέμπω), TDNT I, 398-447; aquí: 404-405. Πέμπω aparece 32 veces en el EvJn, y salvo en 1,33 aplicado al Bautista y en 1,22 a los enviados de Jerusalén, el resto se refiere a Jesús, bien como enviado o bien como quien envía: 4,34; 5,23.24.30.37; 6,38.39.44; 7,16.18.28.33; 8,16.18.26.29; 9,4; 12,44.45.49; 13,20.20; 14,24.26; 15,21.26; 16,5; en 16,7 como “quien envía al Paráclito” y como quien envía a los discípulos en 13,16; 20,21. El Espíritu es enviado por el Padre: 14,26 (πέμψει); y por el Hijo: 15,26 (πέμψω); 16,7 (πέμψω).

atraer a todos hacia Él (12,32). La “*misión*” de los discípulos comportará precisamente anunciar esta victoria y esta gracia de salvación ganada por Jesucristo.

Al igual que “las obras” de Jesús dan testimonio de que el Padre está en Él y es el enviado del Padre (5,36), así *la alegría, la paz, el perdón y la bienaventuranza testimonian que Jesús está junto y en los discípulos*. De hecho, sólo esta permanente presencia suya, en el Espíritu Santo, hace posible el envío misionero y el testimonio cristiano.³⁵

La autoridad y el don de perdonar (Jn 20,22-23)

“*Nadie puede perdonar los pecados, excepto Dios*”, pensaron con verdad los escribas tras escuchar a Jesús decir al parálitico: «*Tus pecados te son perdonados*» (Mc 2,5-6). Jesús reivindicaba para sí el poder mismo de Dios de perdonar los pecados (Cf. Ex 34,6; Is 1,18; Os 11,8-9). En el EvJn, Juan el Bautista presenta a Jesús como “*el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo*” (1,29) y testimonia, de ese modo, que la misericordia de Dios se ha hecho presente entre los hombres en el Verbo encarnado.³⁶ Jesucristo se ofrecerá, en efecto, como víctima expiatoria (Cf. Lv 14; Ex 12,1; Is 53,7.12; Jn 19,36) para cargar sobre sí el pecado de los hombres y redimirlos, liberarlos de la esclavitud del mal y hacerles partícipes de la vida eterna. Él es, por eso, “*el Salvador del mundo*” (4,42).

El pecado del mundo es fundamentalmente en el EvJn *la incredulidad* (8,21.24.46; 15,22), de la que el mismo Espíritu convencerá a los hombres (16,8). Conducidos a la fe, los discípulos, con la fuerza y autoridad del mismo Espíritu de Cristo, comprenderán y extenderán la obra salvífica que Jesús ha realizado a favor de la humanidad a través del *perdón* (para quienes creen) o de la *retención* (para quienes rehúsan o rechazan el Evangelio) (Cf. Mt 16,19; 18,18).

En el EvJn, el verbo ἀφίημι aparece 15 veces, pero con el sentido de *perdonar, borrar* (pecados o deudas) tan sólo es usado en 20,23 (dos veces). En cuanto al sustantivo ἁμαρτία (*pecado, culpa*) recurre 17 veces

³⁵ En el EvJn, la Pascua y Pentecostés constituyen un evento único: Cristo inaugura el tiempo del Espíritu Santo. Éste viene cuando Cristo “desaparece” de la visión al entrar en la gloria del Padre y es un don que alcanza a todos los creyentes (“discípulos”), es decir, a toda la Iglesia (Cf. ZUMSTEIN, *Juan 13–21*, 362.364).

³⁶ El AT revela que la misericordia de Dios vence y borra el pecado del hombre, quien, de ese modo, ve restablecidas sus relaciones con Dios. Ahora bien, la condición que Dios pone es que el hombre reconozca su pecado y se arrepienta realmente de ello de corazón (Cf. Is 57,15; Jr 3,14; Ez 18,30-32; 33,11.31; Sl 19,13; 25,11.18; 51,19-20; etc.).

en el EvJn y su plural: «τὰς ἁμαρτίας», empleado en 20,23 (Cf. 8,24; 9,34), indica que el perdón se extiende a todos los pecados que el hombre pueda haber cometido. Por otra parte, κρατέω, que asume en 20,23 el sentido de *retener* (el perdón), sólo recurre en este versículo en todo el EvJn y señala que la persona a quien “se retiene” el perdón todavía no posee la fe en Jesucristo que conduce a recibir en Él el perdón de los pecados.³⁷

Aunque haya afinidad con la enseñanza de Jesús transmitida en los sinópticos sobre “atar y desatar” (Cf. Mt 16,19; 18,18,)³⁸, sólo en el EvJn se habla de *perdonar los pecados*.³⁹ En diversos lugares se indica, dentro del cuarto evangelio, que los pecados permanecen sin perdonar debido al rechazo de la fe en Jesús (8,24; 9,41; 15,22.24; 16,8-9; 19,11), por lo que el perdón debe vincularse a creer en Él. La acogida o rechazo del Evangelio explicitaría el perdón o la retención de los pecados respectivamente. Ahora bien, el uso del pasivo (ἀφέωνται / κεκράτηνται, 20,23) remite a Dios como el único que perdona (Cf. Mc 2,3-12; Lc 5,17-26) y a los discípulos como anunciadores y ministros de cuanto Dios en su Hijo Jesús hace.⁴⁰

Esta autoridad y poder de Jesús para perdonar, en cuanto “el Verbo de Dios hecho hombre” (1,14), y la realización de la salvación mediante su muerte y resurrección, la transmite a los discípulos mediante el don del *Espíritu Santo y las palabras* que les dirige (20,22-23).⁴¹ El “soplo” de Jesús sobre los discípulos expresa simbólicamente el don de la nueva vida que reciben y, con ello, la autoridad y el poder mismo de Dios para perdonar o retener.⁴²

³⁷ Cf. BEUTLER, *Juan*, 477.

³⁸ Cf. G. KORTING, *Binden und Lösen. Zu Verstockungs- und Befreiungstheologie in Mt 16,19; 18,18.21-35 und Joh 15,1-17; 20,23*, SNTU.A 14 (1989), 39-91.

³⁹ El poder joánico de “las llaves” se relaciona con textos que tratan sobre la salvación y el juicio (3,19-21; 8,21-24; 9,40-41; 15,22-24), porque el pecado referido es el rechazo de la revelación cristológica, del Dios que se ha hecho hombre para salvar al hombre, y no una mera transgresión moral (Cf. 2Cor 5,11-6,2; BROWN, *Juan XIII-XXI*, 1481; ZUMSTEIN, *Juan 13-21*, 363).

⁴⁰ Cf. KRUSE, *Giovanni*, 508. A los discípulos se les concede la autoridad para perdonar los pecados, asociada al envío del Cordero vencedor de la muerte y del mal (Jn 1,29). El que cree y recibe el perdón de los pecados es acogido en la comunidad cristiana que existe y vive gracias, precisamente, a ese perdón en Cristo. Ahora bien, reducir el círculo de los discípulos a los apóstoles o ministros de la Iglesia, no tiene apoyo en Jn 20,22-23. El lugar institucional o la práctica concreta en que se emplaza el perdón de los pecados es una cuestión dirimida posteriormente (Cf. BEUTLER, *Juan*, 477; ZUMSTEIN, *Juan 13-21*, 363).

⁴¹ Cf. BEUTLER, *Juan*, 477; ZUMSTEIN, *Juan 13-21*, 362-363.

⁴² En el AT, el verbo ἐμφυσάω (*soplar*) (*hápax legomenon* en el NT: Jn 20,22), aparece en los LXX para referirse a Dios que sopla la vida en el hombre formado del polvo

Como ya hemos señalado, *las palabras de Jesús* no son algo vacío, sin consistencia, fútiles e inconsistentes, sino “*espíritu y vida*” (6,63), *fuerza eficaz* (4,50-51), *profecía y cumplimiento* (3,34; 8,51-52; 12,48), porque las pronuncia el mismo Verbo-Palabra de Dios que es asimismo Dios (1,1-3). Por eso los discípulos no se anuncian a sí mismos, sino que son portadores de dichas palabras de salvación en las que Cristo mismo se hace presente y, en el Espíritu Santo, las lleva a cumplimiento, confirmando el perdón para quienes creen en ellas o la retención de los pecados para quienes las rechazan.

La bienaventuranza vinculada a la fe (Jn 20,24-29)

Tomás era de algún modo un “*hermano perdido*” (Cf. Mt 18,12-14) por su incredulidad. Ésta, aunque no fuera consciente de ello, le impedía aceptar el testimonio de los discípulos y, por consiguiente, creer y relacionarse así con el Resucitado. Para Tomás, Jesús ya no estaba en modo alguno “*presente entre ellos*”, sino totalmente ausente. No creía que su Maestro y Señor (Cf. 13,13; 14,5), tras haber muerto en la cruz y haber sido sepultado, hubiera vuelto a la vida y a una vida impresionante dado que, según le contaban sus compañeros, era capaz de irrumpir en medio de ellos estando las puertas cerradas y de colmarles de alegría, paz y perdón en el Espíritu Santo (Cf. 20,19-23). Este testimonio “*ni lo veía, ni lo comprendía*” Tomás (Cf. 20,25), ni el cambio de sentimiento y actitud que percibía en ellos le ayudaba a discernir y a pensar qué había podido ocurrir realmente.⁴³

Aparecido nuevamente Jesús resucitado en medio de los discípulos, las palabras que dirigió a Tomás: «*y no seas incrédulo sino creyente*» (20,27b), tuvieron como respuesta la confesión del apóstol sobre la verdadera naturaleza de Jesús: *Señor y Dios* (Cf. 20,28; también: 1,34; 1,49; 4,43; 9.33.35-38; 11,27; 16,30). Como subraya el empleo del pronombre personal *mou*, Tomás acogió a Jesús como “*su*” Señor y Dios («*ὁ κύριός μου καὶ ὁ θεός μου*») y, por tanto, se reco-

de la tierra (Gn 2,7; Cf. Sab 15,11); también Elías sopla en las narices del hijo de la viuda de Sarepta para devolverle la vida (1Re 17,21 [LXX]); y Ezequiel que profetizó y pidió que el viento soplara la vida dentro de los muertos en el valle de los huesos secos (Ez 37,9). Jesús, en Jn 20,22, les está dando su misma vida y recreando, con ello, a *los discípulos* quienes, de este modo, “*nacen de lo alto*” por medio del Espíritu (Cf. Jn 3,5) y reciben el don de la vida en plenitud (Cf. T.R. HATINA, *John 20,22 in Its Eschatological Context*, Bib 74 (1993), 196-219; BROWN, *Juan XIII-XXI*, 1478; CASTRO SÁNCHEZ, *Juan*, 485; BEUTLER, *Juan*, 476-477).

⁴³ Dice Tomás: “*ἐὰν μὴ ἴδω...*” (20,25); el “*ver*” y el “*comprender*” van implícitos en el empleo del verbo ὁράω (Cf. *Supra*, nota 24).

noía a sí mismo como siervo y criatura suya. Esta confesión es la culminación del resto de reconocimientos manifestados en el EvJn acerca de la persona de Jesús, el Verbo de Dios hecho hombre (Cf. 1,1.14).⁴⁴

La visión del Resucitado condujo a la fe a Tomás, pero Jesús pronunció una bendición para quienes *creyeran* en Él “*sin haberle visto*” (20,29). Subrayaba, por lo tanto, la necesidad de la fe en Él para acceder a la bienaventuranza. Ahora bien, aunque ya “no sea visto” tras su glorificación, esa *bienaventuranza* (maka,rioj), asociada al testimonio de los apóstoles, *sólo será posible si el Resucitado está verdaderamente presente en medio de ellos* (20,21; Cf. He 1,8) tal y como su mismo Espíritu confirmará: «*Cuando venga el Paráclito, que os enviaré desde el Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí; y también vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo*» (Cf. 15,26-27).

Por otra parte, el plural “*bienaventurados*” (μακάριοι) deja abierto el testimonio evangélico (Cf. 20,23) y con ello el acceso a la felicidad en Cristo-Jesús hasta el final de los tiempos (Cf. 20,29) y, en consecuencia, también queda abierto el acceso, para todo “aquel que crea”, al perdón de los pecados, a la paz y a la alegría que, en el Espíritu, proceden del Resucitado.⁴⁵

Por lo tanto, si la incredulidad atenazaba a Tomás en un primer momento, su confesión posterior (Cf. 20,28) manifestó *su apertura a la fe* y, consecuentemente, a la remisión de sus pecados en Cristo resucitado, al don del Espíritu Santo y a la comunión con el Señor que es fuente de “*bienaventuranza*” («μακάριοι οἱ μη ἰδόντες καὶ πιστεύσαντες», 20,29), de la que la alegría y la paz forman parte. Por consiguiente, tanto al que “*vio*” («ἑώρακάς με») y *creyó* en Jesús resucitado, como a los que “*no le verán*” («οἱ μη ἰδόντες»), *pero creerán en Él*, se les promete, en virtud de la fe, la bienaventuranza.⁴⁶

⁴⁴ Cf. BROWN, *Juan XIII-XXI*, 1490; W. HENDRIKSEN, *New Testament Commentary Exposition of the Gospel According to John* Two volumes complete in one, Grand Rapids, MI, 2007, 465.

⁴⁵ Ya en 20,8, la fe del discípulo amado se asociaba a un “*ver*” (εἶδεν), aunque en realidad no vio al Resucitado, sino “*señales*” que apuntaban a su resurrección (Cf. *Supra*, I. La presencia del Resucitado en Jn 20,1-18). El discípulo-amado “*vio y creyó*”, pero *se unió a la bienaventuranza de los que creen sin haber visto a Jesús resucitado* (20,29). Tanto el uno (el discípulo amado) como los otros (“los que no verán al Resucitado”) “*ven*” *signos de la presencia del Resucitado* y, movidos por el testimonio eficaz del Espíritu Santo en sus corazones (Cf. Rm 5,5; 8,16), se unen a Cristo mediante la fe.

⁴⁶ Cf. BROWN, *Juan XIII-XXI*, 1494.

De hecho, también la otra bienaventuranza que aparece en este evangelio se vincula al envío⁴⁷ (13,16-17) y *reclama la presencia de Jesús* en medio de los suyos: *el enviado es capaz de amar como ama Jesús, su Señor, que es quien le envía*. Y ama poniéndose al servicio del hermano, a “sus pies”, hasta la entrega de la propia vida (como en el lavatorio lo expresa simbólicamente Jesús, Cf. 13,1-20). Además, afirma el Señor que quien acoge al que Él envía, le acoge en realidad a Él y en Él acoge también al Padre que es el origen de todo envío (13,20). La bienaventuranza, por tanto, se recibe porque *Jesús se hace presente* en (y a través de) aquel que es acogido como enviado suyo.⁴⁸

Podemos decir, por lo tanto, que así como María Magdalena fue conducida a la fe y “cambió” su llanto en alegría, y seguidamente los discípulos y Tomás también creyeron y su miedo y tristeza e incredulidad fueron cambiados en valor, gozo y auténtica fe pascual, así sucederá a *quienes crean sin haber visto al Resucitado*: el testimonio de los discípulos y el testimonio interior del Espíritu les ligará y unirá a Jesús, a su presencia invisible pero real, a su victoria y a las consecuencias de ésta que, como paz, alegría y perdón, ya alcanzan en esta existencia terrena al creyente cristiano.

CONCLUSIÓN

Como hemos visto, el texto evangélico estudiado de Jn 20,19-29 no da por supuesta *la presencia de Jesús resucitado en medio de los suyos*, como si ésta fuera una realidad a la que los discípulos⁴⁹ llegan de modo natural y por sus propias capacidades y medios. Dejados a

⁴⁷ Cf. R. VIGNOLO, *Il Quarto Vangelo in due parole. In margine ai macarismi giovannei (Gv 13,17; 20,29)*, en A. PASSONI DELL'ACQUA (ed.), *Il vostro frutto rimanga (Gv 16,16)* FS G. Ghiberti, SRivBib 46, Bologna, 2005, 119-132. Tanto en 13,17 como en 20,29, hay una promesa divina de felicidad para un determinado comportamiento humano, bien por hacer lo que Jesús manda o bien por creer en el anuncio evangélico de los enviados al encontrarse con el Señor creyendo en el kerigma pascual y, por tanto, en su misma palabra.

⁴⁸ Jesús preparó para que le anunciaran a los discípulos que habían creído en Él (los discursos de la Última Cena tienen ese propósito [13-17]). El mismo evangelio escrito es un medio empleado por “los enviados de Jesús” para anunciarle, de ahí que su finalidad fundamental sea la de conducir a la fe en Jesús, el Cristo y el Hijo de Dios (20,31) y, por tanto, a que se participe de la bienaventuranza que en Él se recibe (Cf. KRUSE, *Giovanni*, 21-24).

⁴⁹ En Jn 20,1-31 no se habla de los Doce sino de “discípulos” (μαθηταί; Cf. 20,10. 18.19.20.25.30), dejando de este modo abierta la experiencia del Resucitado a los creyentes pospascuales (Cf. ZUMSTEIN, *Juan 13-21*, 359 nota 63).

sus propias fuerzas, los discípulos tan sólo *experimentaban la ausencia de Jesús*, a modo de una cadena doblemente reforzada: (a) *Respecto al exterior*, al mundo, *se aislaban y defendían* cerrando las puertas del lugar en que se encontraban⁵⁰; (b) *Respecto al interior*, personal y comunitariamente, *se sentían aplastados anímicamente y sin esperanza por causa del miedo* (20,19; Cf. 14,1-2). En los discípulos prevalecía, por tanto, la incredulidad en vez de la fe, de ahí que la fe incipiente del discípulo amado y el testimonio y anuncio pascual de la Magdalena no fueran tampoco eficaces para sacarlos de su tristeza y cerrazón (Cf. 20,8.18).

Fue el mismo Resucitado el que — como testimonia el evangelio — *manifestó su presencia y aseguró con ella a los discípulos que vivía “en medio de ellos”* (10,19-20.26) y que les hacía partícipes de su misma misión, de su misma vida (en el don del Espíritu Santo) y de su propio poder para perdonar los pecados (20,21-23). Jesucristo resucitado les proporcionó, en efecto, lo que el mundo (representado por los judíos), la carne (simbolizada en el miedo y las puertas cerradas) y el demonio (mostrado en la incredulidad) suprimían (Cf. 16,9), es decir, *les daba la genuina alegría, la verdadera paz y el perdón, y les conducía así a la confianza en Él y a la fe pascual*. Jesús resucitado les hacía partícipes, en definitiva, de la misma vida y amor que Él gozaba con el Padre (Cf. 20,17).

Como hemos visto, *todos estos dones, que proceden única y exclusivamente de Jesús resucitado, se vinculan y reclaman entre sí*. Es el Resucitado quien les da *su paz* (20,19.21.26) porque, como ratifican sus llagas, ya ha alcanzado la meta (“la casa del Padre”, 13,1; 14,2) y — teniendo poder sobre todas las cosas porque es uno con el Padre (3,35; 10,30; 13,3; 17,2; Cf. Mt 28,18) — mora ahora, en su humanidad glorificada, victorioso “*en medio de*” los discípulos. El inmenso y permanente amor de Jesús hacia ellos (Cf. 13,1; 20,20) le convierte en el fundamento y en la fuente de la paz y de la alegría del discípulo, de todo discípulo a lo largo de los siglos (20,19-21.26; Cf. 16,20-22; 17,20).

A la paz, liga Jesús el don de *la misión* (20,21), que sólo podrán realizar si se afirman igualmente *en su presencia como el Resucitado* y, por tanto, en la seguridad y confianza que únicamente Él les puede dar.⁵¹ Para esta misión, Jesús les provee del *Espíritu Santo* (Cf. 1,33;

⁵⁰ La reunión de los discípulos en “*un mismo lugar*” asumirá, en el don del Espíritu Santo que reciben del Resucitado, una *dimensión eclesial* (Cf. 20,19.22.26).

⁵¹ Jesús había preparado a los discípulos para el rechazo y el odio que iba a irrumpir en el mundo contra ellos (Cf. 15,18-20; 17,14), porque al participar en su misión también participarían en su mismo destino.

7,39; 20,22) y, por tanto, les hace partícipes de la vida nueva que no pasa y tiene en común con el Padre. Por medio del Espíritu, los discípulos conocerán y crecerán en la comprensión de quién es Jesús y de la obra que ha realizado (Cf. 14,26; 15,26-27) y se verán capacitados para dar testimonio de todo ello.

Además, como Jesús ha alcanzado su destino siendo “*el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*” (1,29), envía a sus discípulos con *la plenitud del poder de perdonar o retener los pecados*.⁵² Con su obra, Jesús quiere alcanzar a toda la humanidad y salvarla porque es “el Salvador del mundo” (Cf. 4,42), pero los hombres, ya durante su ministerio, reaccionan de modo diverso ante su oferta. Para quienes lo acogían y creían en Él, era su Salvador, les remitía los pecados y les daba la comunión con Dios-Padre; pero a quienes no le acogían o rehusaban creer, les denunciaba su contumaz ceguera y pecado (Cf. 9,39-41; 15,22.24).⁵³ Enviados por el Resucitado, los discípulos deben continuar su misma obra, por eso perdonarán los pecados a quienes acojan su testimonio y “retendrán” el perdón a quien libremente lo rechace, como signo de una fuerte y definitiva llamada a una posible conversión (y todavía no como una condena inapelable). *El que cree y recibe el testimonio evangélico entrará a formar parte de la comunidad cristiana y gozará de la paz, la alegría y el perdón del Resucitado que mora en medio de ella*.

Juan escribe el evangelio precisamente “*para que se crea que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios y para que, creyendo, se tenga la vida en su nombre*” (20,31). La vida de Jesús resucitado y los dones a ella vinculados se comunican a los hombres por medio de la fe. Así se evidenció cuando Tomás, tras recibir, junto con los demás discípulos, el deseo de “*paz*” por parte del Resucitado (Cf. 20,26) y de ser interpelado por Él, abrió su corazón a una fe verdaderamente completa y le reconoció como “*Señor y Dios suyo*”.

La fe reclamada («μη γίνου ἄπιστος ἀλλὰ πιστός», 20,27) es, por lo tanto, el medio como el creyente estará permanentemente unido al Resucitado (que siempre está a su lado; Cf. Mt 28,16-20). La fe da

⁵² Comentando Jn 20,21-23 y considerando la expresión de carácter consecutivo: «τοῦτο εἰπὼν» (20,22; Cf. También en 20,20), afirma Xiberta que el envío, la efusión del Espíritu Santo y el poder para perdonar o retener los pecados no se unen simplemente por yuxtaposición, sino que «se unen con un propio e íntimo nexo consecutivo, de manera que la primera afirmación sea causa de la segunda y ésta, a su vez, causa de la tercera» (*Clavis Ecclesiae*, 19-20).

⁵³ Cf. K. STOCK, *La liturgia de la Palabra* Comentario a los Evangelios dominicales y festivos Ciclo C (Lucas), Madrid, 2006, 154.

acceso a su presencia y establece con Él — por ser la respuesta personal adecuada a Aquel que ha traspasado las limitaciones del tiempo y del espacio y se encuentra “en Dios” (“nuestro Dios”) — una unión íntima en espíritu y verdad (Cf. 4,24).

La fe se manifiesta como una realidad “*más preciosa que el oro*” porque une a Jesucristo y, en Él, a Dios. Por eso dirá el apóstol Pedro a los cristianos que, porque “*aman a Jesús y creen en Él sin haberlo visto*”, pueden gustar la bienaventuranza que Jesús dirigió a Tomás, ya que “*exultan de alegría indecible y gloriosa, mientras van alcanzando la meta de la fe, esto es, la salvación de las almas*” (Cf. 1Pe 1,3-9).

“*No ver*” al Resucitado no significa, por consiguiente, que no “*esté presente*”. De hecho, el Resucitado reveló, con sus visibles apariciones y con sus palabras, que estará siempre presente “*en medio de los discípulos*” aunque no le vean físicamente, que los escucha y conoce su situación y estado interior, que les acompaña y que es para ellos, en definitiva, el *Emmanuel*: “*Dios con nosotros*”, puesto que es “*el Verbo encarnado*” (Cf. 1,14) que jamás abandona a los suyos (Cf. 10,11.15). Los rasgos o efectos que, con gusto a “*bienaventuranza*”, experimentan los creyentes manifiestan claramente dicha presencia en medio de la comunidad eclesial a la que se incorporarán cuantos crean en el anuncio evangélico.